

DOCTOR WHO

BBC

LA TIERRA Y MÁS ALLÁ



TIEMPO MUERTO

NARRADA POR PAUL MCGANN



Organización y maquetación

Organizado en Trello y maquetado por scnyc.

Traducción

Traducido por Piomix.

Corrección

Corregido por Daovir.

Portada

Portada adaptada al español por Marijou.

Declaración

AudioWho es una iniciativa sin ánimo de lucro dedicada a traducir audios, libros y cómics cuyos miembros whovianos y whovianas sacrifican su tiempo para que todos los hispano-parlantes puedan disfrutar del universo extendido de Doctor Who sin la barrera idiomática del inglés.

Toda la acreditación de este trabajo es para los creadores del contenido que nos ha llegado en inglés, la BBC y las empresas y autores que se encargan de crear el material. Esta comunidad respeta sus derechos de autor ya que no se lucra con sus trabajos. Doctor Who es una marca registrada perteneciente a la BBC

Todas nuestras traducciones puedes descargarla gratuitamente en nuestra web. AudioWho se mantiene gracias a sus dueños, por lo que no hay publicidad, no recibe donaciones y no se obtiene ningún beneficio con esta web y sus traducciones.

Estos trabajos pueden compartirse en webs o foros siempre que se respeten las acreditaciones de esta web, sus traductores y demás colaboradores.

Prohibida la venta o cualquier tipo de actividad con fines lucrativos de estos trabajos.

Esperamos que todas estas obras nos lleguen en español algún día de forma oficial.

Más novelas, cómics y transcripciones de audios en <http://audiowho.com/>



Aclaraciones a la hora de seguir la transcripción:

- La intervención de cada personaje se marca por su nombre y lo que dice (como en un texto dramático).
- Los efectos de sonido para aclarar que ocurre en una determinada situación están señalados por acotaciones entre paréntesis.
- Hemos añadido el tiempo de audio cada quince minutos, para facilitar la lectura.
- Estamos traduciendo todos los audios del 8º Doctor. En el blog puedes encontrar todos casi todo el 8º Doctor traducido, junto con una infografía explicativa.
- Este audio forma parte de los audionvelas de *La Tierra y Más allá (Earth and Beyond)* audionovelas narradas por Paul McGann y de la BBC. Son en total 3 historias. Irían al principio de la línea temporal del 8º Doctor.

Índice

— TIEMPO AUDIO: 14:40—.....13

— TIEMPO AUDIO: 31:00—.....22

La Tierra y Más Allá: Tiempo Muerto

Un Audiolibro de la BBC narrado por Paul McGann, disponible el 7 de Septiembre de 1998.

“Morirás. Voy a matar...”

—¿Quién eres?

—Soy el Doctor.

—¿Quién eres tú?

—¡Yo soy el Doctor!

—Eres uno de nosotros.

Hacía frío. Helado. La oscuridad era tan densa y opresiva que el Doctor se preguntó si las paredes y el techo estaban hechos de ella, de trozos de cielo nocturno resentidos porque ninguna estrella había brillado en sus confines. Había estado de pie, clavado al suelo, lo que le pareció una eternidad. Sus sentidos estaban embotados por el dolor y el tedio de su encarcelamiento. En aquel lugar, los momentos, los minutos y las horas parecían tan prolongados que las palabras perdían todo significado. Se palpó la cara con los dedos entumecidos, se recordó a sí mismo lo que era, quién era. Y Sam, su compañera, su amiga, arrebatada y retenida en algún lugar de la negrura. Podía imaginársela, envejeciendo a medida que su lucha continuaba, su pelo rubio volviéndose gris, su cuerpo enjuto marchitándose, su piel clara y joven arrugándose en este lugar oscuro y vacío.

—Ahora le conocemos, Doctor.

La voz era un susurro burlón. Pero el susurro más fuerte que jamás había oído, cerca de sus oídos.

—Vamos a utilizarte, a tomar de ti lo que necesitamos. Hemos estado esperando tanto tiempo, tan pacientemente, a alguien como tú. Uno de los nuestros.

La voz siniestra es un gemido grave de placer.

—Y luego vamos a matarte, Doctor. Vamos a matarte tan lentamente, tan tiernamente, que ni siquiera te darás cuenta, de que ha llegado el momento de tu muerte. Estaremos envueltos en tu memoria a través de los eones venideros. Porque el frío helado que engendró esta oscuridad te convertirá en un monumento para nosotros. Mantendremos tu memoria fresca, muerta y nuestra. De nadie más. Nuestra. Para siempre.

El Doctor no dijo nada. Los ojos grises y azules se cerraron y la boca delgada se cerró. Pero sabía que el espectro susurrante decía la verdad, y podía estar seguro de que lo que le hablaba estaba completamente loco. Otra voz vino, resonando inquietamente en el vacío. La voz de una chica. La voz de Sam.

—Es como estar sepultada, encerrada sólo en la oscuridad. Es tan oscuro aquí. Oh, Doctor, es como si nada más hubiera existido. Todas las personas que he conocido, todos los lugares en los que he estado. Es como si todo eso fuera una especie de sueño. Sólo cuando uso clichés como ese me doy cuenta de que tiene que haber habido algo más.

—Sam, Sam, ¿estás bien?

Pero la risa sin alegría en su oído le dijo que ella todavía estaba en otro lugar. Que sólo se le había permitido escuchar sus pensamientos por unos momentos. Las fuerzas de aquí intentaban distraerle mientras encontraban alguna nueva forma de penetrar en sus defensas psíquicas, recordándole que era culpa suya que Sam estuviera indefensa en la oscuridad. Él era quien la había traído aquí. Recuerdos, los ojos aún fuertemente cerrados, aunque no había diferencia con la oscuridad. Recordaba.

La TARDIS estaba muy lejos, dando tumbos por el Tiempo Y el Espacio, cuando el Doctor se dio cuenta de que, como ocurría a menudo cuando uno vagaba por la cuarta y la quinta dimensión, algo iba mal. Un insistente pitido provenía de algún lugar de la consola hexagonal de madera que era el corazón de los sistemas de guía de la TARDIS.

—*¿Qué pasa, Doctor?* —preguntó Sam.

—Oh, la vieja está siendo un poco demasiado cautelosa. Podemos estar en un viaje un poco agitado, eso es todo. Ella nos está diciendo que algo extraño está sucediendo a los parámetros de tiempo.

—*¿Qué tipo de extraño?* —Preguntó Sam— *¿Qué está mal ahora?*

Las cosas siempre iban mal alrededor del Doctor, y a estas alturas ella había desarrollado una especie de escala Richter propia de Sam Jones para medir el peligro. El Doctor se encogió de hombros.

—Ah, bueno, ya sabes, un extraño efecto dominó, un cambio de Sunersland, algo por el estilo.

—*Oh, eso está bien, entonces* —dijo Sam, poniendo los ojos en blanco. Sin darse cuenta del sarcasmo, el Doctor parecía realmente contento de haber tranquilizado a su amiga.

—Realmente no hay nada de qué preocuparse. Es sólo si esa luz roja empieza a parpadear al mismo tiempo... (Inicia a pitar la alarma.)

—¿Esta luz roja? —dijo Sam, alarmada.

Mientras el Doctor echaba un vistazo a la pantalla que Sam señalaba, una enorme explosión los arrojó al suelo de la TARDIS. El grito de protesta de los motores sobrecargados sonó desde algún lugar profundo del corazón de la nave.

—*Sí, es esa* — confirmó el Doctor con pesar, mientras temblores sacudían la sala de control—. *¡Agárrate!*

La TARDIS vibró y tembló como si temiera hacia dónde se dirigía. Sonó un claxon y la instrumentación chisporroteaba a su alrededor. De repente, la sala de control se sumió en la oscuridad. Sam gritó involuntariamente. El sonido resonó inquietantemente a su alrededor y luego el silencio. Un escalofrío la recorrió.

—*Escucha* —susurró en la penumbra—. *La TARDIS. Se ha parado.*

El zumbido reconfortante de la increíble tecnología de la sala de control había sido sustituido por un silencio opresivo. Alrededor de siete punto cinco en la escala Richter de Sam.

Escuchó cómo los dedos del Doctor parpadeaban sobre los controles, sonidos que parecían estar en todas partes a la vez. En respuesta a sus caricias, una inquietante luminiscencia amarilla se desvaneció en las paredes de piedra gris de la TARDIS. En la tenue luz de emergencia, el rostro del Doctor estaba delineado en preocupación.

—Estamos en el espacio profundo —murmuró—. En el espacio más profundo. No debería haber nada aquí fuera, no en millones de años.

—*¿Cómo puedes estar seguro?* —preguntó Sam. El Doctor frunció el ceño.

—En mi planeta, los niños de la guardería lo saben.

A Sam le picó su reacción, pero vio lo preocupado que parecía y se acercó a él, tirando ligeramente de la manga de su abrigo.

—Entonces, ¿dónde estamos?

—*No lo sé* —respondió.

—*Quizá deberíamos preguntar a los niños de la guardería* —preguntó ella con fingida cortesía.

El Doctor parecía a punto de hacer una respuesta cáustica, pero su rostro se suavizó antes de que las palabras salieran, relajándose en una sonrisa. Sam le devolvió la sonrisa.

—¿En qué época estamos?

El Doctor se acercó a la pantalla cronométrica.

—Estamos... Qué raro...

—*Profundamente peculiar* —afirmó Sam, asintiendo autoritariamente con la cabeza—. *¿De qué estás hablando?*

El Doctor estaba buscando algunas notas dentro de una caja de latón.

—*La lectura está cambiando. No se estabilizará* —frunció el ceño—. *De acuerdo con esto, hemos aterrizado en innumerables tiempos diferentes a la vez, en un lapso de miles de años.*

Sam frunció el ceño.

—¿Fue por la sacudida? ¿Cómo podemos estar en diferentes épocas al mismo tiempo?

—Desde luego no me lo explico. Quizá por eso nos hemos quedado sin energía. Llegada simultánea a cientos de zonas horarias diferentes.

—*Como caer en una trituradora* —susurró Sam.

—Precisamente. Tenemos suerte de estar vivos.

Sam le miró mientras miraba al frente, con el rostro envuelto en sombras.

—¿Es una trampa?

—*Tal vez* —al captar su mirada preocupada, sonrió—. *O un suceso natural. Siempre existe esa posibilidad. En cualquier caso, estamos atrapados aquí hasta que averigüe si el proceso es reversible.*

—¿Y dónde es aquí, exactamente?

El Doctor se encogió de hombros mientras escudriñaba más controles.

—No hay una lectura clara de masa. Ciertamente no es un planeta. Parece estar hecho de capas y capas de material que la TARDIS no puede reconocer, y sin embargo tengo la sensación.

—*¿Una especie de papier-mâché cósmico?* —aventuró Sam, y para su sorpresa, el Doctor sonrió ampliamente.

—Precisamente. Pero ¿cómo se han hecho con tanta pasta en medio del vacío?

Activó el escáner, pero sólo hubo negrura mientras el anticuado monitor se calentaba para mostrarles la vista exterior. Esperaron un rato.

—*El escáner no funciona* —dijo Sam. El Doctor respiró hondo.

—No. Eso es lo que hay ahí fuera.

“Vamos a atravesarte, Doctor. Vas a morir. Regresaremos. Vamos a matarte. Matarte. Matarte.”

El Doctor sintió que los demonios susurrantes tiraban de sus recuerdos, retorciéndolos, devorándolos, intentando borrarlos. Mantuvo la calma, los ojos cerrados, replegándose sobre sí mismo. Era como intentar mantener el control de una casa enorme llena de niños salvajes corriendo de una habitación a otra. Qué lástima, reflexionó, que su mente contuviera tantos lugares donde esconderse. De repente, el Doctor pudo oír gritos

de angustia por encima del loco parloteo de las voces susurrantes. Venían de Sam. No, por favor, déjala ir. Deja de hacerle daño.

“Vamos a matarte. Matarte. Matarte...”

Incluso cuando el Doctor estaba distraído por la angustia de Sam, se dio cuenta de que las voces en su mente estaban tomando los retazos de pensamiento y memoria que estaba sacrificando a la batalla por el control, y construyendo una nueva imagen. Pálido, amarillo, una especie de flor. Flores, tranquilas contra un cielo índigo profundo en el que brillaban las estrellas. Reconoció las flores. Las reconocía de una época muy lejana, cuando de niño en Gallifrey había visto funerales celebrados con pompa y magníficas ceremonias. Las flores, casi invisibles al principio, tan lejos de la vista, caían revoloteando desde lo alto de los vastos arcos catedralicios del Panóptico, hasta la multitud de dolientes que se agolpaba a sus pies. De niño, había sido fácil creer que las flores habían caído del mismísimo cielo. Eran las flores Galifreyanas del recuerdo.

En algún lugar en la oscuridad, Sam recordó.

—No puedes salir solo, Doctor. No tienes ni idea de lo que hay allí.

—Entonces encontraré el interruptor de la luz.

—¿Y si no puedes respirar? Si los controles están dando lecturas defectuosas...

—*Puedo estar sin aire durante algún tiempo, Sam. Ya lo sabes. Además, es como si, como si debiera saber dónde estamos* —con eso, tiró de la gran palanca de latón que abrió las puertas, y salió del santuario tenuemente iluminado de la TARDIS a la oscuridad sin comodidad exterior.

—*Aquí hay aire* —respondió el Doctor, y se sobresaltó al darse cuenta de que Sam ya estaba a su lado.

—*No creerás que voy a dejarte salir aquí solo, ¿verdad? Probablemente acabarías disfrutando curioseando por ahí. Te olvidarías por completo de mí* —dijo ella con lo que sabía que el Doctor se daría cuenta de que era una falsa motivación.

—*Ten cuidado* —fue su única respuesta. Encendió una cerilla, pero aunque ardía con fuerza, no iluminaba nada de lo que les rodeaba. La apagó y sacó una linterna del bolsillo de su levita—. *Menos gótico* —se disculpó—. *pero no importa*.

El haz de la linterna brillaba con fuerza, pero seguían sin distinguir más que sombras.

—*Supongo que no tiene sentido volver a la TARDIS, ¿verdad?* —preguntó Sam tentativamente— *Podríamos esperar allí*.

—*¿Esperar?* —preguntó el Doctor— *¿Para qué?*

—No lo sé. Es como, se siente como algo va a suceder aquí.

El Doctor la miró un poco extrañado. Repentinamente avergonzada, Sam empezó a caminar con paso seguro hacia la oscuridad.

—*¡Sam!* —gritó de repente el Doctor, sacando una mano y agarrándola de la camiseta—. *No te vayas así. Podrías pisar algo. Toma, coge esto*.

Sam sintió que le envolvían la muñeca con una tela suave y se dio cuenta de que era la corbata de seda del Doctor, cuyo color gris plateado se perdía en la oscuridad. Como de todos modos se estaba sonrojando, Sam se aventuró a decir con indiferencia:

—*¿Acabamos de casarnos?*

El Doctor se limitó a decir:

—Esto debería mantenernos unidos.

Se alejaron con cautela. Sam sintió como si caminara sobre una esponja, la forma en que la superficie oscura de este lugar absorbía el ruido de sus pasos.

—*¿Qué es esto?* —dijo, tanteando el aire delante de ella y tocando algo sólido y fibroso— *¿Una pared?*

—*Es una especie de arco* —confirmó el Doctor.

La pared era lisa, pero ella no podía decidir si era dura o blanda, cálida o fría al tacto. Simplemente lo era. Eso parecía resumir este lugar. Un lugar que simplemente lo era. El Doctor les guió mientras avanzaban con cautela por el estrecho túnel. Daba

vueltas y más vueltas, haciéndose cada vez más estrecho, cuando de repente el Doctor se detuvo en seco y ella chocó contra él con un grito de alarma.

—*Silencio*—siseó el Doctor—. *Hay algo ahí delante.*

Sam se volvió entonces hacia atrás, como si una voz hubiera susurrado su nombre. Vislumbró algo que se movía. Una sombra de oro pálido opaco en algún lugar, sólo por un momento, luego desapareció.

Cuanto más causaban estragos las criaturas balbuceantes en la cabeza del Doctor, cuanto más se iluminaban tenuemente los confines de esta oscura ciudadela, más concreta y definida se volvía la siniestra sombra del hombre gigante que le arañaba la cabeza, alzándose sobre él. Volvió a cerrar los ojos. ¿Era otro intento de hacerle perder la concentración, de que se rindiera a cualquier fuerza que hubiera dentro de su mente? Al Doctor no le preocupaba el daño que las criaturas pudieran estar causando a sus sinapsis. Por el momento se sentía lo bastante fuerte como para resistirse a sus sondeos, y estaba reduciendo al mínimo las sutiles desviaciones de sus vías neuronales. Lo que realmente le molestaba era la facilidad con la que se movían por su mente. A veces le parecía un lugar desconcertante y confuso, sobre todo poco después de la regeneración. ¿Cómo habían accedido esas sombras con tanta eficacia? Corriendo como niños, como niños en una guardería. El Doctor recordó haber hablado con Sam en la TARDIS, poco después de llegar aquí.

— *TIEMPO AUDIO: 14:40*—

Sam recordaba. El fuerte tirón de la corbata que llevaba en la muñeca le ordenó que siguiera al Doctor, y aunque abrió la boca para contarle lo que había visto, de repente decidió no hacerlo. ¿Y si se lo había imaginado? El Doctor necesitaba a alguien en quien pudiera confiar en sus viajes por el cosmos, no a una estúpida colegiala que saltaba sobre su propia sombra. Tranquilízate, Sam. No digas nada. No era nada. Miró por encima del hombro a su pesar, pero no había nada más que oscuridad absoluta. Maldijo a la TARDIS por tener que aterrizar aquí, luego maldijo a lo que fuera que la había hecho hacerlo, luego maldijo a la cosa dorada que había vislumbrado. Esto parecía exactamente como estar en un mal sueño. No parecía tener lógica, no había una forma obvia de responder. Lamentablemente, aceptó que estaba totalmente fuera de su alcance. Así que, reflexionó un poco triste, como siempre lo único que podía hacer era confiar en el Doctor. Pero, ¿y si el Doctor también estaba fuera de su alcance?

Doblaron la esquina del estrecho y retorcido pasadizo y el Doctor se detuvo bruscamente. Estaban en un precipicio y, por primera vez desde que salieron de la TARDIS, Sam pudo sentir algo parecido a una brisa. Centelleaban puntitos de luz dolorosamente brillantes, pero al principio era difícil saber a qué distancia estaban. Luego las luces empezaron a aparecer con más frecuencia, como luciérnagas en un vasto túnel subterráneo. Sam se asomó a la penumbra. Ahora podía distinguir formas en la oscuridad, como sombras que se estiraban y retorcían para convertirse en lo que no eran. Formas a medio formar, achaparradas, que podrían haber sido personas, cubrían la gigantesca caverna de oscuridad, como si sus creadores se hubieran aburrido de esculpir las y las hubieran abandonado donde estaban. Un escalofrío de miedo la recorrió ante la magnitud de todo aquello.

—*¿Qué ocurre, Doctor?* —susurró, aliviada al menos de poder distinguir la alta figura de su amigo a su lado. El Doctor se quedó paralizado.

—*Esos destellos* —murmuró—. *Me pregunto...*

Algunos de los puntos de luz habían empezado a unirse, formando tenues manchas de niebla luminosa. A la luz que proyectaban, Sam pudo ver que las formas se habían distorsionado, rostros retorcidos que nunca deberían haberse visto así, los rasgos pellizcados y tironeados. Miedo, dolor, confusión. Emociones aterradoras básicas en su estado más crudo parecían haber sido talladas en estos seres torturados. Sacudió la cabeza, horrorizada, y entonces se dio cuenta de que la nube de luz era cada vez más brillante, más fuerte. También se estaba acercando.

—*Aléjate, Sam* —siseó el Doctor.

—*¿Qué?*

—*¡Atrás!*

Juntos se dieron la vuelta y se adentraron a ciegas en el túnel. Echando un vistazo por encima de su hombro, Sam pudo ver el parche de luz flotando hacia ellos.

—*Nos está siguiendo.*

—*Rápido* —dijo el Doctor—. *Aquí abajo.*

Una vez que Sam se dio cuenta de que el material que había formado este lugar era demasiado fibroso para causar ningún daño físico real en caso de impacto, se hizo más fácil correr como si el diablo estuviera detrás de ti. Los dos se empujaron el uno contra el otro en la oscuridad mientras avanzaban a gran velocidad hacia la nada.

—*¿Sabes adónde vas?* —jadeó Sam.

—*Posiblemente* —respondió el Doctor, enigmáticamente.

Todo estaba en silencio mientras corrían, pero después de algún tiempo, Sam se dio cuenta de que sus pisadas sonaban más fuertes, que la tela bajo sus pies estaba cambiando, haciéndose más dura, casi como piedra. Poco a poco pudo oír algo más. Lo que al principio sintió como una leve presión en los oídos, pronto se convirtió en un zumbido insistente y palpitante. Con el ruido llegó una débil fosforescencia a su alrededor. Dejó de correr.

—¿Doctor?

—Shh, Sam. Lo sé.

El Doctor también se detuvo y, con un tirón de la corbata para arrastrar a Sam, avanzó casi despreocupadamente hacia lo que parecía un vasto y sombrío anfiteatro. Cuando entraron, el profundo ruido sonoro se hizo más fuerte. De algún modo le resultaba familiar. Un ruido al que se había acostumbrado, distorsionado y retorcido, entrecortado como si se oyera a través de gigantescos altavoces crepitantes y traqueteantes.

—*Vaya, vaya* —murmuró solemnemente el Doctor.

Sam podía distinguir extrañas hendiduras en las paredes, como círculos a medio formar. Trozos del esponjoso material negro que componía este lugar alienígena se inclinaban hacia arriba desde el incierto suelo. Una enorme protuberancia hexagonal crecía desde el centro de la cámara, y una estatua gigante de lo que podría haber sido un hombre agarrando una extraña forma negra que seguramente era su cabeza se alzaba amenazadoramente a unos seis metros por encima de ellos.

—¿Y bien, Doctor?

—*¿No lo ves, Sam? Pues claro. Desde que reconfiguré la sala de control* —el Doctor se metió las manos en los bolsillos y recorrió lentamente la tenebrosa sala—. *Todo esto*

estuvo una vez vivo, palpitante de poder. El poder de viajar en el tiempo a cualquier punto del universo —sonrió con tristeza—. Hemos pasado todo este tiempo dando vueltas alrededor de algo abandonado en el espacio. Todo lo que queda del armatoste andrajoso de una antigua y moribunda TARDIS.

—*¿Una TARDIS? Por supuesto* —Sam se dio cuenta de lo que el ruido le había recordado, aunque estaba muy lejos del zumbido limpio y reconfortante de la TARDIS que ella conocía. Este ruido transmitía enfermedad, dolor, como había dicho el Doctor. La muerte. Una idea la asaltó—. *Entonces, ¿venía de tu planeta?*

—Casi seguro.

—*¿Y qué pasa con él?* —Sam señaló a la enorme figura distorsionada, con la cabeza entre las manos— *¿Había muchos gigantes allí la última vez que miraste?*

El Doctor ignoró el comentario de Sam y miró a su alrededor.

—*Hay algo más que la decadencia que afecta a este lugar. Todo el aspecto está cambiado, deformado alrededor de la forma original de las cosas. Casi puedo reconocer el diseño, lo suficiente para saber que habría sido puesto fuera de servicio hace milenios* —se detuvo bruscamente con una fuerte inspiración. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un susurro apresurado—. *Una de las primeras naves espacio-temporales.*

—*¿Es eso importante?* —preguntó Sam. El Doctor parecía a punto de lanzar una de sus famosas bofetadas.

—Lo que es significativo es que parece que hemos activado algo. Lo hemos vuelto a encender.

Junto con el quejido suplicante de la energía en la habitación, los redondeles deformados de la pared emitieron una luz tenue, como si intentaran emular la iluminación de emergencia de la TARDIS del Doctor.

—¿Crees que hemos tropezado con algo?

—*Creo que sabe que soy un Señor del Tiempo, y está respondiendo a mi presencia* —dijo el Doctor distante, todavía mirando a su alrededor con triste asombro ante la magnificencia malformada del antiguo edificio en el que se encontraban. Sam tragó saliva en la penumbra y respiró hondo.

—Doctor tengo que decírtelo. Me ha estado preocupando. He visto algo antes. Quiero decir, creo que lo vi.

—*¿Viste algo?* —volvía a mirarla con extrañeza— *¿Cuándo?*

—*En los túneles, antes de que viéramos la sala de juegos del gigante. Sé que suena estúpido, pero era de color dorado, una especie de fluido* —se dio cuenta de que el Doctor estaba mirando más allá de ella—. *Eh, ¿hola? Tú preguntaste.*

El Doctor se enderezó y le hizo un gesto hacia él. Mientras se movía, la hizo girar suavemente para que miraran en la misma dirección.

—Si la vuelves a ver, podrías pedirle que tenga la amabilidad de marcharse y dejar de molestarnos.

La nube luminosa que les había perseguido antes estaba allí de repente, flotando en la puerta deformada de lo que una vez había sido la sala de control de esta TARDIS. Era como si las chispas y los rastros de vida en su interior intentaran representar algún tipo de imagen. Sam pensó que podía ver los fantasmas de figuras humanoides atrapadas en el tormento, luchando por liberarse de la luz que los ataba. Rondaba cerca de ellos.

—*¿Confundirlo?* —preguntó Sam, mirando al Doctor. El Doctor asintió.

—Nos dividiremos —dijo—. Irás alrededor de la parte posterior de la consola, trata de llamar su atención. Tenemos que atraerlo lejos de la puerta —le dio un suave empujón para que se pusiera en marcha, y ella corrió hacia el otro lado de la enorme extensión negra.

—Vamos, si te crees lo bastante duro —le gritó, y sus palabras resonaron en la lúgubre cámara. De repente, la nube de luz cambió su curso lento pero implacable—. ¡Doctor! —gritó Sam, advirtiéndole— Va a por ti.

—¡Corre, Sam! Vuelve a nuestra TARDIS rápidamente.

—No puedo dejarte sin más —Sam se interrumpió cuando un rayo de luz en el oscuro pasadizo llamó su atención. Se estremeció. Por un momento pudo ver a alguien de pie como una estatua en el débil resplandor. Era ella misma, con los brazos extendidos como si tratara de alejar algo terrible.

—¡Corre, Sam!

Pero Sam ya avanzaba con paso firme hacia su imagen, atravesando la puerta y adentrándose en el oscuro pasillo que había más allá, como atraída irresistiblemente de alguna manera. La imagen se desvanecía en una niebla gris. Se sintió fascinada y horrorizada al mismo tiempo.

—¿Qué demonios esta pasan...?

Algo se movió a los pies de Sam, como una estela de oro opaco que giraba en espiral hacia arriba. Al saltar instintivamente, sintió un estremecimiento de satisfacción.

—No te había soñado, que es peor —murmuró cuando se encontró girando sobre sí misma para seguirlo, con los brazos en alto para defenderse. De repente, sintió que su cuerpo se paralizaba. En un instante supo que se había convertido en la imagen que la había paralizado.

Ni siquiera pudo gritar cuando el oro opaco se derramó en sus ojos, nariz y boca. Lo último que vio antes de que se la tragara la negrura fue al Doctor, inmóvil frente a una estatua de la gigantesca figura mientras la nube de luz se abalanzaba sobre él.

“Sabemos quién eres, Doctor. Sabemos de dónde vienes, adónde puedes llevarnos.”

—No puedo llevaros a ninguna parte. Aterrizar dentro de tu TARDIS ha fracturado la mía.

“No es nuestra TARDIS, y no necesitamos la tuya.”

—Bueno, realmente es una caminata terriblemente larga hasta el sistema estelar habitado más cercano, y no sé dónde pretendéis...

El Doctor se interrumpió cuando sintió que algo le mordía el fondo de la mente como si fuera un jugoso filete. Se estremeció, apartando esa sensación de sus pensamientos.

—¿Qué es lo que realmente quieres? —el Doctor pronunció las palabras en voz alta apretando los dientes.

“Recuperar la libertad, Doctor. Libertad para movernos, para viajar, poder viajar a nuestros recuerdos.”

—Si tan sólo dejaras de hablar en acertijos, tal vez podría ayudar.

“Nos ayudarás, Doctor. Nos ayudarás mientras mueres. Mientras mueres. Mientras retrocedes y retrocedes, más y más, más y más joven, y el tiempo nos lleva a donde tenemos que ir.”

El Doctor volvió a cerrar los ojos con fuerza. Sintió la presencia detrás de ellos, preparándose para un ataque más fuerte. Entonces apagó su sistema cardiovascular y se retiró a su interior. Mantenido en éxtasis por la nube de luz, su cuerpo apenas se movió mientras todo signo de vida lo abandonaba.

—Eso no te servirá de nada.

El Doctor abrió los ojos. La voz le resultaba familiar. Pertenecía a la figura sentada en un cómodo sillón junto a una vieja mesa de caoba, sirviéndose una taza de té.

—Es mi mejor vajilla la que estás usando —dijo el Doctor, un poco irritado, frotándose la frente. La figura se limitó a dedicarle una alegre sonrisa, pero el Doctor frunció el ceño.

Había algo exasperantemente familiar en aquel hombre de levita de terciopelo verde oscuro, pantalones grises y camisa blanca con cuello de ala.

—Tú eres yo. ¿Qué haces sirviéndome té dentro de mi cabeza?

—Bueno, al fin y al cabo también es mi cabeza. No estoy entrando sin permiso. Buen intento, apagar tu cuerpo para consolidar tu fuerza mental. Pero no los confundió por mucho tiempo.

—¿No? ¿Qué quieres decir con, no?

—Sé que tu cabeza está bajo asedio en este momento, pero trata de usar lo que te queda.

—¿Eres de mi, nuestro, futuro?

—Precisamente. Y no, no soy un truco o una ilusión. Los circuitos telepáticos de esta antigua TARDIS se han corroído hasta el punto de disolverse. Fui capaz de usar

derrames vestigiales de ellos para enviar un aspecto de mí mismo de vuelta a mí mismo. Bueno, a ti.

—Muy inteligente. Exactamente lo que yo mismo habría hecho si estuviera al borde de la muerte y tuviera que transmitir una advertencia.

—Es nuestra última oportunidad.

—¿Qué sucede con Sam?

—Oh, estos idiotas la liberarán pronto, ilesa. Los humanos no pueden ayudarles en su plan, así que piensan que es la diversión más maravillosa dejar que me vea morir antes. Sí, bueno, no importa todo eso. Terminan volviéndose tan charlatanes que prácticamente nos aburren hasta la muerte. Están locos, pero son masivamente poderosos y bien adaptados. No nos queda más resistencia dentro de unas horas. Esto fue lo más atrás que pude alcanzarme. A ti, quiero decir. Sé que va contra las leyes del Tiempo, pero si no hacemos algo pronto, puede que no queden leyes del Tiempo que romper. ¿Panecillo?

—¿Qué son esas criaturas?

—Los Olvidados. Ese es el nombre que se han dado a sí mismos. No es de extrañar que hayan sido olvidados. Sólo un secreto vergonzoso más en los Pergaminos Oscuros de la historia de Gallifrey. Surfistas de la memoria que usan la corteza cerebral de los Señores del Tiempo para la marea alta.

—¿Qué?

—Sí, empiezas a recordar ahora, ¿no? Hace mucho, mucho tiempo, cuando se creó la red neuronal panatrópica amplificada de Gallifrey. Cuando las mentes de nuestros muertos se convirtieron en tantos complejos neuronales dispuestos en un patrón matricial para formar el repositorio de todo el conocimiento de los Señores del Tiempo.

—¿Te importaría ahorrarme el sermón? Hablar solo es un hábito terrible e imagino que nos estamos quedando sin tiempo para romperlo.

—Un grupo de Señores del Tiempo que trabajaban en la neuro-mecánica de la Matriz aprendieron todo tipo de secretos en el curso de su trabajo. Razonaron que

explotando las reservas de energía Artron de un individuo, debería ser teóricamente posible viajar a través del pasado físico real de un Señor del Tiempo.

—¿Qué?

—Oh, sí. Cada micro-segundo de vida experimentada se almacena en nuestras mentes. Tiene sentido. Explica por qué la red APC es tan terriblemente eficiente ponderando los imponderables del Señor del Tiempo.

—Por qué es el último recurso Gallifreyano, querrás decir. Continúa.

—Estoy seguro de que puedes imaginar el resto. En su arrogancia, en su aburrimiento, en su irresponsable búsqueda de emociones, este puñado de liendres olvidadas sufrió una conversión temporal en agresivos impulsos electro-químicos, y se metió en la cabeza de alguna pobre alma. De vuelta, de vuelta, a través de los cientos de años que había vivido, y luego río arriba de vuelta a su presente. Y en su pequeña excursión aprendieron otro secreto.

—¿Y bien?

—Los medios con los que interactuar con la propia historia de la víctima. Obtener acceso físico a su pasado.

—Viajar en el tiempo a través de la línea temporal de un individuo.

—A través de la línea temporal de un Señor del Tiempo. Algún capricho de la impresión genética y que permite a cualquiera de nosotros viajar en el tiempo. Y al detenerse en cualquier punto del pasado de la víctima cuando está cerca de otro huésped más viejo...

—Pueden moverse cada vez más atrás en el tiempo. ¿Pero por qué?

—¿Por qué no? Era un juego para ellos. Una diversión. Y una prueba de su propio ingenio. (Voz de fondo, amenaza con matar al Doctor) Imagina si sus experimentos hubieran tenido éxito. TARDIS biológicas crecidas a partir de células de Señores del Tiempo. Pero hubo un efecto secundario que no pudieron haber previsto.

“Matarte. Matarte”

—No hay mucho tiempo. Rápido.

—Perfeccionaron el paso de portador a portador, pero, al salir del cuerpo, la vida del huésped inicial simplemente se deshacía. En el punto de entrada, el efecto del entrometido había descosido una puntada en el patrón físico de su huésped, dejando un hilo colgando. Cuando abandonaron el cuerpo, tiraron de ese hilo y toda la vida del huésped se deshizo. Imagínatelo. Una vida inocente repitiendo su muerte un trillón de veces a través de cada punto de su historia. Los registros del Tiempo se reescribían con cada segundo que pasaba mientras la vida de esa persona se truncaba, se cortaba en el punto en el que los surfistas electro-químicos abandonaban el cuerpo del huésped.

—Y empezaba de nuevo en alguien nuevo.

—Sí. Estaban atrapados en un pasado subjetivo, moviéndose de huésped en huésped, matando indiscriminadamente. No me sorprende que el viejo Rassilon los abandonara a su suerte. Terminaron dentro del pobre viejo dueño de esta nave. Debíó sufrir algún tipo de ataque mientras realizaba un reconocimiento, cartografiando este sector del espacio para los mapas espacio-temporales hace mucho, mucho tiempo.

—Daño cerebral, comatoso.

—Se volvieron locos con él. Bueno, encantado de conocerme, pero realmente creo que es mejor detenerlos ahora, ¿no? Viajarán por nuestra corriente temporal hasta un punto antes de que dejáramos Gallifrey para desbocarse allí. Quién sabe el daño que harán. Están desesperados por ser libres, por ser recordados, celebrados como pioneros.

—¿Pioneros? ¡Bah! Imprudentes chapuceros y asesinos. ¡Asesinos desquiciados!

Incluso mientras gritaba esas palabras, el Doctor se apretó las sienes y la negrura se cerró a su alrededor.

“¡Mataros!”

— *TIEMPO AUDIO: 31:00*—

Volvió en sí en la penumbra de la antigua TARDIS del cartógrafo, con la mente tambaleante al sentir que los diques mentales que había erigido empezaban a desmoronarse bajo el ataque de los Olvidados. Una imagen de la Flor del Recuerdo brilló tanto en su cabeza que amenazó con eclipsar todo pensamiento coherente.

—Doctor, estás bien.

La voz resonó en sus confusos pensamientos. Se concentró en ella, la utilizó para consolidar sus sentidos en medio del asalto. Era la voz de Sam.

—Hola, Sam —murmuró—. Me alegro de que estés bien.

Sam lo miró con el ceño fruncido de preocupación.

—Más o menos. ¿Estás bien?

El Señor del Tiempo se puso en pie de un salto.

—Al contrario. Me van a utilizar como cabeza de puente para sembrar el caos en todo Gallifrey antes de dejar de existir, reescribiendo un millón de historias y aniquilando una gran parte de todo el nexo causal que mantiene unido el universo —se estremeció, luego miró a su compañera perplejo—. Sabes, cuando has estado tanto como yo, realmente odio imaginar cómo habría sido el universo sin mí.

—¿De qué está hablando, Doctor? —preguntó Sam, con el miedo y la preocupación delineando su rostro— ¿De qué...?

El grito de dolor del Doctor la interrumpió.

—Tengo que hacer algo. Es ahora o nunca. Han terminado. Están retrocediendo a través de mi línea temporal.

Unas risas susurrantes y sibilantes resonaron en el vacío mientras los Olvidados se exaltaban por la continuación de su viaje. Las partículas subatómicas destellaban, se agitaban y se descomponían a su alrededor mientras los impulsos viajaban más rápido que la inspiración a través de los patrones de ADN codificados de la historia física del Doctor.

—Cirugía psíquica —susurró una voz en su cabeza. Era su propia voz—. Vamos, puedes hacerlo. Te ayudaré.

Destellos de recuerdos vinieron a él, un gráfico aproximado del progreso del impulso. Habían abordado fácilmente la última vez que se había regenerado, empujando más allá de mesas de operaciones sombrías y balas en San Francisco, a través de Cheetah People, Daleks, Nimons, Kraals. El Doctor estaba desconcertado por la velocidad con la que retrocedían, tan rápido que apenas podía registrar lo que estaba

ocurriendo. Y seguían moviéndose a través de sus vidas, hacia Ogrones y Draconianos, Drashigs y Axons, cada vez más atrás.

Intentó centrarse, concentrarse. La regeneración era inminente.

—¡Ahora!— llegó su propia voz desde muy lejos, pero ya era demasiado tarde. Se estremeció cuando la figura egocéntrica de pelo gris nació del dolor y la consternación del pequeño payaso de pelo oscuro, juzgado y condenado por las mismas personas a las que ahora luchaba por salvar. A través del pasado de su segunda encarnación, a través de Krotons y Guerreros de Hielo, Yeti y Macra. Sí, ahora los sentía más agudamente.

—Alimentar a través de ellos. Eso es. Atrás, atrás, ¡vamos! ¡Vamos!

—Vamos, Doctor —instó Sam.

El Doctor sabía lo que venía. Lo recordaba. Había sucedido en la TARDIS mientras abandonaba la Antártida tras su primer encuentro con los Cybermen, su cuerpo cambiando del de un anciano, rejuveneciéndose, joyas escurriéndose de sus nuevos dedos, una parte de él muriendo para que otra pudiera nacer. Fue allí donde tuvo que actuar.

—Entrad —susurró en voz baja mientras los murmullos y las risas se incrementaban.

Levantó la cabeza como si imitara a la enorme figura que había sobre ellos, y por un momento se estremeció al sentir que algo le abandonaba. Un fantasma de un posible futuro que le había dado la ayuda que había necesitado para engañarlo. Sacudió la cabeza. Nunca valía la pena analizar las paradojas demasiado de cerca.

—¡Vamos! —gritó, y entonces se dio cuenta de que Sam ya estaba en la puerta de la sala de control ennegrecida.

—Tú muévete —dijo Sam, desafiándole, pero no había forma de disimular las lágrimas de alivio en sus ojos. En un momento estaba a su lado, tirando de ella, explicándole lo que le había estado ocurriendo. De repente parecía saber adónde iba a pesar de la oscuridad.

—Te retuvieron los mecanismos de defensa de esta vieja caja —continuó, aunque a Sam ya le costaba aturdirse y correr con eficacia al mismo tiempo—. Una especie de campo de estasis temporal. Los Señores del Tiempo éramos una raza mucho más

paranoica por aquel entonces. No había trucos desagradables como ese en las TARDIS con las que crecí.

—¿Este lugar es realmente tan antiguo? —se maravilló Sam, sin aliento.

—De verdad. Los Olvidados exteriorizaron su locura al resto de la nave a través de los circuitos telepáticos, tiñéndola de negro como ésta. Pero ahora que han dado el salto hasta mí, toda esta corriente temporal se volverá inestable. El propietario murió hace millones de años, y esta TARDIS nunca llegó aquí —hizo una pausa, repentinamente reflexivo y sombrío—. Me alegro de que todos estos eones de locura y oscuridad sean borrados.

Algo parecía estar ocurriendo. Cada vez había menos luz y el zumbido sordo de la nave en descomposición empezaba a subir de tono. Por fin llegaron al tranquilizador exterior azul de la cabina de policía de la TARDIS del Doctor.

—¿Y estas cosas olvidadas? —preguntó Sam, su mente corriendo para ponerse al día— *¿Siguen en tu cabeza ahora?*

—Atrapadas en un segmento sellado de mi cerebro. Una pequeña parte de mi mente que muere cuando me regenero. Es como mudar de piel o, para los Olvidados, es como estar atrapado dentro de un corte que ha cicatrizado.

—¿Puedes contenerlos ahí? Quiero decir, ¿para siempre?

—*Eso espero* —dijo el Doctor, deteniéndose en la puerta de la TARDIS—. *Sólo espero que sean capaces de mantenerse entretenidos* —sonrió—. *Estoy planeando estar por aquí bastante tiempo todavía, ya sabes.*

Las sombras de la oscuridad exterior se difuminaban, cambiaban.

—Esta realidad se está disolviendo. Vamos, Sam, es hora de que nos vayamos.

—*Así que la TARDIS será liberada, ¿no?* —dijo Sam mientras la llevaban dentro— *Quiero decir, nunca habrá estado aquí.*

—*Precisamente*— dijo el Doctor con una sonrisa.

—Entonces, ¿nos acordaremos de algo?.

Los ojos del Doctor estaban embrujados mientras la TARDIS empezaba a vibrar en simpatía con su entorno.

—*Quizá algunas cosas sea mejor olvidarlas* —fue su única respuesta.

Y en ese mismo instante, el oscuro carbunclo desapareció en el espacio, dejando al Doctor y a Sam libres para continuar su viaje.